

www.elboomeran.com

CURZIO MALAPARTE
DON CAMALEÓN

Traducción de Juan Manuel Salmerón Arjona

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Don Camalèo*

1.ª edición: mayo de 2015

© Eredi Curzio Malaparte, Italia

© de la traducción: Juan Manuel Salmerón Arjona, 2015
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-103-1
Depósito legal: B. 7.723-2015
Fotocomposición: Moelmo, S.C.P.
Impresión y encuadernación: Reinbook Impres, S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

La «fanfarria»	9
Historia de un manuscrito	13

Don Camaleón

I. Mis primeras experiencias. Epístola de Luigi Bossi sobre los basiliscos, los dragones y la incredulidad del conde de La Cépède	23
II. Conquista de Roma. Mi conversación con Mussolini sobre la existencia de animales fabulosos	28
III. Encuentro con el camaleón	34
IV. Empiezo a educar al camaleón. Aparece Sebastiano	38
V. Historia del camaleón de Napoleón	42
VI. El camaleón empieza a hablar. Su primera educación. De tartufo a libertino	56
VII. El camaleón se inicia en el trato de los hombres	65
VIII. Retrato benévolo de los héroes y de los italianos que dan lecciones de virtud	70
IX. El camaleón está a punto de morir envenenado por culpa de unos jesuitas	74
X. El camaleón se deja convencer de que un animal vale más que un jesuita	78

XI. El camaleón sale honrosamente a la escena y se hace valer por lo que es y no por lo que parece	84
XII. Aspectos comunes de las revoluciones en Italia . .	89
XIII. El camaleón se decanta por la revolución. Primeros éxitos	94
XIV. Encuentro con el doctor Libero. Controversia con Sofotetro, llamado Duque de Ghisa	103
XV. Bautizo del camaleón. Don Camaleón se convierte en ciudadano. Retrato de Sofotetro .	113
XVI. Los enemigos de Don Camaleón hacen correr la voz de que es la eminencia gris del gobierno de Octubre	119
XVII. Mussolini y Don Camaleón	128
XVIII. La historia, como siempre ocurre en Italia, está de parte de Don Camaleón	136
XIX. Un camaleón intransigente siempre honra un Parlamento revolucionario	146
XX. Revolucionarios fascistas y revolucionarios liberales	159
XXI. El camaleón se convierte, o cree convertirse, en instrumento de la divina Providencia	169
XXII. Causas ganadas y causas perdidas	183
XXIII. «Italia, señores, es un país cuadrúpedo.»	193
XXIV. El hombre y la bestia	212
XXV. Aunque lo parezca, la divina Providencia nunca se mete en las cosas de Italia	220
XXVI. Don Camaleón sube al Gólgota	235

Mis primeras experiencias. Epístola de Luigi Bossi
sobre los basiliscos, los dragones y la incredulidad
del conde de La Cépède

Hay entre nosotros muchos animales —no todos políticos— cuya rareza se debe más al ambiente exquisito y arbitrario de la Italia del último siglo que a su propia naturaleza. ¿Quién ha visto nunca una salamandra, un basilisco, un dragón, un camaleón? Incluso nos habríamos olvidado de cómo son si de vez en cuando un hombre de bien, especie tan rara como estos animales, no se topara con alguno y nos lo contara. Son casos maravillosos. Pero esos casos maravillosos abundan en las crónicas y no sólo en las fábulas.

Cuando estudiaba latín y griego en el Instituto Cignolini de Prato, la ciudad toscana en que nací, yo mismo me topé varias veces con este tipo de animales, y sabe Dios cuánta inocencia necesité para no presumir de ello.

Los primeros encuentros fueron, como siempre, literarios, pues nosotros empezamos a vivir la vida por las letras, sobre todo en Toscana, donde todo, virtudes, vicios y pasiones, es literario. Como buen pratense, que es como ser tres veces toscano, siempre he sentido un gran amor por las letras y los animales, quizá por simpatía con el buen poeta renacentista Firenzuola, gran enamorado de mi ciudad y conciudadano mío, aunque no naciera en Prato.

Sin embargo, lo primero que supe de las salamandras, por ejemplo, me hizo dudar mucho de lo conveniente de

tales encuentros. Fue leyendo el pasaje de la *Vida* de Benvenuto Cellini en que se habla de este animal y de la famosa bofetada. El efecto que me causó esta bofetada duró hasta el día en que leí estos dos versos sorprendentes de Petrarca:

de mi muerte me apaciento y vivo en llamas;
extraño pasto y mirífica salamandra.

Con esto me conformé por unos meses. Pero una tarde, hallándome cerca de las Sacca, en los montes de Fossombrone, se me ocurrió prender fuego al bosque para ver si las salamandras que sin duda habría allí reaccionaban como quiere la leyenda.

Pegué fuego, pues, a unas brozas. Enseguida el viento extendió las llamas y al poco todo el monte ardía. Con un sarmiento que había arrancado de una viña iba hurgando entre las ascuas y golpeando los arbustos con la esperanza de ver salir alguno de aquellos animales, de cuya existencia tan convincente prueba me había dado el padre de Benvenuto. Y Dios sabe cuánto tiempo me habría quedado allí, sarmiento en mano, persiguiendo llamas monte arriba, si de pronto no me hubiera salido al paso una furiosa culebra, de esas que en verano silban debajo de las piedras para envidia de las cigarras. Oportunamente eché a correr hacia las Sacca, pues ya los campesinos de la zona, armados de palas y azadas, acudían corriendo, precedidos por perros que ladraban a rebato. Si me hubieran pillado allí, se me habrían pasado las ganas de buscar salamandras y de dar caza a dragones y basiliscos, unos meses después, tras leer la epístola de Luigi Bossi sobre la incredulidad del conde de La Cépède.

Este Luigi Bossi vivió mucho antes de que yo naciera, a saber, en la segunda mitad del siglo XVIII. Pero haberse anticipado tanto al siglo del progreso no disminuía su autoridad de patricio, doctor colegiado y canónigo ordinario de la catedral de Milán, miembro de la Real Academia de Ciencias y Letras de Mantua, de la Academia de los Georgofili de Florencia y de la Academia Etrusca de Cortona. No sólo me inspiraba respeto como académico, sino que era un placer leer las ingeniosas malicias que decía del conde de La Cépède, francés, naturalista y seguidor de Buffon, en su epístola de 1790 sobre los *Basiliscos, dragones y otros animales reputados fabulosos*, que escribió en su retiro de Fagnano y dirigió a su excelencia, conde y comendador Gian Rinaldo Carli, impresa por Luigi Veladini en Milán, Contrada Nuova, en 1792.

Esta curiosa y rara epístola de Bossi, de la que la biblioteca del Palacio Comunal de Montepulciano conserva un ejemplar en buen estado, aunque no figura en su catálogo, me la regaló el director de la biblioteca Roncioniana de Prato cuando yo estudiaba tercero de latín, y sabe Dios cuánto no alimentó la lectura de esta disertación docta y minuciosa mi esperanza de dar un día con alguno de esos extrañísimos animales. Como es natural, yo apoyaba al ilustre académico contra el presuntuoso La Cépède: «Ya sabe usted que el conde de La Cépède prosigue con éxito la *Historia natural de los animales* que dejó inconclusa el conde de Buffon. Hasta ahora ha publicado algunos volúmenes de la *Historia de los cuadrúpedos ovíparos y de las serpientes*, que son los que estoy leyendo, en este retiro rural al que me veo obligado. Pues bien, mire usted lo que se lee. En la

lista de estos animales veo dos especies de lagartos que el capricho de los taxonomistas ha bautizado con los nombres grandilocuentes de basilisco y dragón. Hablando de estos modestísimos animalitos, dignos apenas de figurar en la cadena de los seres, se refiere el naturalista francés a los basiliscos y dragones conocidos, admirados, venerados y temidos desde la más remota Antigüedad, y pasándoles somera revista con un aire de superioridad y desdén, los tacha de ridículas fantasías, afirmando que los únicos basiliscos y dragones que han existido son los humildes reptiles así denominados por los zoólogos modernos. ¿Cómo puede escribirse tal cosa? Yo, que de la Antigüedad aprecio hasta lo fabuloso; yo, que estoy persuadido de que incluso las más absurdas invenciones y las creencias populares de los tiempos más remotos se basan en principios ciertos y fundados, considero que escribir estas cosas no sólo demuestra falta de rigor, sino que constituye un insulto, por más que reconozca la calidad de otros pasajes y las virtudes del escritor. Vuelva su excelencia la mirada un momento conmigo hacia esos horribles monstruos y verá que me quejo con razón de la galicana arrogancia». ¡Ay, maldito conde de La Cépède! Como se comprenderá, sentía yo una profunda gratitud por el ilustre académico Bossi, defensor leal y desinteresado de las fábulas antiguas y aun de los errores de los antiguos, contra la presunción y pedantería del incrédulo e irreverente francés.

Ahora bien, por más que releía la epístola de Bossi y comparaba los animales que en ella se describían con los lagartos de mi huerto, no pude hallar un solo basilisco ni aun un humilde dragón. ¿Tendría razón el conde de La Cépède? La vida enseña a desconfiar de las fábulas: aquél fue mi primer desengaño. Desde ese día no he vuelto a

fiarme de la autoridad de los antiguos, al punto de que creo que hay hombres y pueblos sin antigüedad, que es como decir sin autoridad. También mi pueblo pratense me pareció, desde ese día, como Mahoma, que, según Pascal, era un profeta sin autoridad porque carecía de una tradición profética. Y los animales que entonces conocía en mi ciudad, dentro y fuera de las murallas, se me antojaron definitivamente domésticos y pratenses.

II

Conquista de Roma. Mi conversación con Mussolini sobre la existencia de animales fabulosos

Hasta muchos años después, o sea, hasta 1922, no me encontré con un verdadero camaleón. ¿Acaso se equivocaría el conde de La Cépède? La experiencia humana es tan diversa que uno acaba por no sorprenderse de las novedades y por aceptarlas como cosas normales. Aunque joven, yo estaba ya convencido de la falsedad de las fábulas y me libraba de los inevitables y a menudo peligrosos asombros pensando que todo, incluso los hechos más extraños, obedece a las reglas de la vida común.

Cuando, en octubre de 1922, entraron en Roma las camisas negras de Mussolini, yo tenía, por suerte, poco más de veinte años. La atmósfera suave del octubre romano no me permitía prever todos los desengaños que habían de seguir a los acontecimientos revolucionarios de aquellos días, pero la indolencia que me infundía aquel aire que olía a mosto me impidió bajar a la plaza y unirme a las turbas de facinerosos furibundos. Las vi pasar por las calles embanderadas de Roma desde la ventana, donde permanecí todo el día, lamentando no poder quedarme allí el resto de mi vida. Ni entonces ni luego me he arrepentido: no moverme de mi ventana fue el primer y único beneficio que obtuve de la revolución de Mussolini y siempre estaré agradecido a la historia de Italia por eso.

Desde aquel día, como no quería ser un obstáculo para la carrera de otros, todas las mañanas me iba a cabalgar a Villa Borghese.

Nunca se me han dado muy bien los caballos, y ya entonces me parecía mucho en esto a Montaigne, de quien decía el invitado ilustre* de Port-Royal, en su célebre coloquio con Monsieur de Saci, «*qu'il monte à cheval comme un homme qui ne serait pas philosophe, parce qu'il le souffre, mais sans croire que ce soit de droit, ne sachant pas si cet animal n'a pas, au contraire, celui de se servir de lui*». **

Yo, en realidad, nunca tuve esta duda, pero como sí montaba «como un hombre que no fuera filósofo», me decía que más cumpliría con la filosofía si fuera a pie, y que es propio del buen filósofo saber montar.

Sumido en estas inquietantes reflexiones, salía yo una mañana de las cuadras camino de Piazza de Siena, cuando vi venir a lo lejos un jinete que montaba como un verdadero filósofo. Me alegré, pensando en el disgusto que se habría llevado Montaigne. ¡Pero cuál no fue mi sorpresa cuando en aquel caballero reconocí al mismísimo Mussolini! Al disponerme a dar media vuelta, Mussolini se me acercó y me dijo sonriendo:

—No parece usted muy convencido de lo que hace.

En pocas palabras le conté lo del hombre que montaba como si no fuera filósofo, añadiendo, eso sí, que yo tenía buenas razones para no estar de acuerdo con la filosofía de Port-Royal.

Habíamos tomado el paseo que baja a Valle Giulia y,

* Se refiere a Blaise Pascal (1623-1662). (*N. del T.*)

** « (...) que monta a caballo como un hombre que no fuera filósofo, pues sufre, pero sin creer que tenga derecho, porque no sabe si el animal no tiene, a su vez, el derecho de utilizarlo a él.» (*N. del T.*)

puestas las cabalgaduras al paso, nos adentrábamos en la umbría húmeda del bosque, respirando en silencio el aire fresco de la mañana.

El sol se filtraba oblicuamente entre los árboles e iba iluminando poco a poco las colinas que nos rodeaban, verdes y azules bajo el cielo triunfal. Mussolini cabalgaba a mi lado con la cabeza gacha y las manos sobre el pomo de la silla, como si fuera solo. Yo lo miraba a la cara, una cara pálida y triste en que el juego de luces y sombras disolvía la severidad de sus ojos profundos, y me sentía lleno de un orgullo cándido por poder cabalgar junto a semejante hombre. De pronto alzó el rostro y dijo:

—Me han dicho que está usted buscando animales extraños como esos de los que hablan los antiguos. ¿Cómo le ha entrado esa locura?

—No creo que sea una locura —contesté—, pues nadie ha demostrado que los antiguos estuvieran locos...

—Ni que los animales que hoy creemos fabulosos nunca existieran, o que existieran pero se hayan extinguido —repuso Mussolini.

—¿Usted qué cree, que se extinguieron o que nunca existieron? Si damos crédito a Solino, Plinio, Eliano, Lucano, Dioscórides, Galeno, Nicandro y muchos más, en lo que respecta a los basiliscos, y a Aristóteles, Megástenes, Eliano, Metrodoro, Plinio, Filostorgio, Solino, Filóstrato y Diodoro Sículo, en lo que respecta a los dragones, por no hablar sino de las dos especies de animales extraños que más me interesan, forzoso es pensar que en efecto existieron, al menos en la Antigüedad.

—Y no sólo en la Antigüedad, también en los tiempos modernos —replicó Mussolini sonriendo—, pues no habrá olvidado sin duda, usted que tiene buena memoria, que

Nieremberg describe un basilisco que, según afirma, vio con sus propios ojos; que Cardano asegura haber visto otro nada menos que en Milán; que Cristoforo Encelio tuvo ocasión de observar otro, que mató un pastor en una hacienda del abad de Zinn, cerca de la ciudad de Luckenwald; que Georgius Agricola habla de unos basiliscos vistos en Basilea, en Zuicaw y en Viena; que Mosano y Pinciero disertan por extenso, en docto latín, de un basilisco visto en Varsovia en 1587 por más de dos mil personas; que Scaligero refiere que en Roma, bajo un arco de Santa Lucia, durante el pontificado de León X, apareció otro de estos animales extrañísimos, y que Girolamo Mercuriale, por último, dice que vio la momia de un basilisco entre los tesoros del emperador Maximiliano.

—Por no hablar del mismo Aldrovando —tercié—, y de Sperlingio, Sebizio, Johnston, Neandro, que afirman y demuestran la existencia de los basiliscos en los tiempos modernos.

—Pero sepa que no todos los naturalistas coinciden —repuso Mussolini, al que sin duda deleitaba aquella curiosa conversación—; que quiera usted convencerse de la supervivencia de los basiliscos no significa que existan. No debe olvidar que Hunter y Michaelis, dos de los más grandes, sostienen lo contrario, y que el abad Domenico Testa, en una carta dirigida al conde Gian Rinaldo Carli, niega la supervivencia de los basiliscos basándose en pruebas de una autoridad incontestable, por ejemplo, en las que existen en Cassel en la colección de Michaelis.

La mención del conde Gian Rinaldo Carli me trajo a la memoria la epístola de Bossi, que Mussolini conocía. El relato de mis desafortunadas experiencias, así como de la infructuosa búsqueda a la que llevaba tiempo dedicado,

lo divirtió tanto, que quiso a su vez hacerme algunas valiosas confesiones sobre sus propias experiencias.

—También yo me convencí de que no todas las fábulas de los antiguos eran falsas. Conocerá usted sin duda la obra del pintor Böcklin: esos faunos y centauros que pinta en la campiña de Versilia, ¿acaso no demuestran que los antiguos dioses aún pueden existir, lo que estaría en armonía con nuestro tiempo? Como ve, usted busca animales fabulosos y yo buscaba divinidades de los gentiles. Le diré, sin embargo, que abrigaba una duda: la de que todos los dioses estuvieran muertos cuando, en la isla de Paxós, una voz misteriosa gritó al piloto Thamous: «¡Lleva a Palode la noticia de que el gran Pan ha muerto!». Si ese Pan era Cristo, y aquí falla la autoridad de Plutarco, la supervivencia de las antiguas divinidades no es posible.

—Pero ¿está seguro de que existieron antes de la muerte de Cristo?

—Sin duda —replicó vivamente Mussolini—: como prueba, hay un hecho histórico que difícilmente puede rebatirse. En la *Vida de Sila*, Plutarco cuenta que, hallándose Sila en Apolonia, en las inmediaciones de Durazzo, donde preparaba las naves en que se embarcaría para Brindisi con todo su ejército, le llevaron del Ninfeo, vecino lugar sagrado, a un sátiro que allí dormía, con el mismo aspecto y la misma forma que se acostumbra atribuir a estas deidades. El sátiro, preguntado por muchos intérpretes, no supo responder en lengua alguna, sino con una voz estridente y confusa que era una mezcla de relincho de caballo y balido de cabra, de suerte que Sila, horrorizado, mandó que se lo llevaran, como a monstruo repugnante y abominable. Son palabras de Plutarco, sobre un hecho que nadie puede negar.

—Aún no ha perdido usted, pues, la esperanza de encontrar a alguno de los antiguos dioses —comenté, no sin malicia—, cuando admite que existieron y pudieron sobrevivir.

—A quien busca divinidades siempre le ocurre lo que a Sila —repuso Mussolini volviendo despacio la cabeza y mirándome—. Yo he encontrado monstruos.

—Tengo curiosidad por saber lo que encontraré yo, que busco monstruos.

—Pues lo mismo que su conde de La Cépède: lagartos —contestó Mussolini y se echó a reír.